



Juan Manuel de Prada

## Depresiones Navideñas

Hay mucha gente que se deprime en Navidad; y no debe extrañarnos, pues la Navidad es una fiesta de la esperanza, y nuestra época es una época desesperada. Al hombre contemporáneo la Navidad lo deprime porque, después de haberse obligado a renegar del manantial del que brota la única felicidad perdurable, se le exige durante estas fechas una impostación de felicidad. Los consultorios de los psicólogos se abarrotan con un ejército de pacientes moralmente derrengados que imploran una solución eficaz a este síndrome navideño que los atenaza; naturalmente, sus requerimientos nunca son atendidos, porque todavía no se ha inventado el tratamiento que repare los desarreglos anímicos que provoca la extirpación de Dios de nuestro horizonte vital. Y nada más natural que, cuando Dios ha sido extirpado de nuestras almas, el alma se nos caiga a los zancajos, en estos días en los que vuelve a nacer Dios.

La razón de este desmoronamiento anímico suele asociarse a la memoria de la infancia. ¡Fuimos tan dichosos, cuando la inocencia nos asistía, por estas mismas fechas! La nostalgia de esta inocencia perdida (que en realidad es nostalgia de un estadio en el que el alma aún estaba llena de divinidad) proyecta sobre nosotros una insufrible angustia existencial, una convicción aciaga de que ya nunca seremos aquel niño que asistía arrobado a un despliegue incesante de maravillas. Al compararnos con aquel niño estupefacto y gozoso, solemos reaccionar de dos maneras posibles: sintiendo asco hacia nosotros mismos, hacia la birria resabiada que ahora somos (así se entiende el creciente hastío o desapego eutanásico que sentimos hacia nuestra propia vida... y hacia la de los demás); o bien sintiendo asco hacia aquellas antiguas maravillas que antaño nos dejaban arrobados (así se explica el odio antirreligioso cada vez más extendido en nuestra sociedad, que a la postre es odio hacia nosotros mismos). Ambas reacciones redundan en nuestro disgusto con el mundo, que se exacerba cuando lo confrontamos con el disgusto de quienes nos rodean. En esta «suma de disgustos» colabora activamente el clima familiar más bien grimoso en el que habitualmente se desarrollan estas fiestas navideñas; ya nos decía el salmista que, cuando el Señor no construye la casa, en vano laboran los albañiles. Volver a reunirse con la familia, o con el andrajo de familia que sobrevive a los divorcios y a las rencillas intestinas, es como exponer los residuos de nuestra pasada inocencia a la acción de una trituradora.

El gran Leonardo Castellani (a quien por fin el lector español puede conocer en la antología que LibrosLibres acaba de editar, titulada ¿Cómo sobrevivir intelectualmente al siglo XXI?) escribía en uno de sus gozosos y dilucidadores artículos: «A medida que se va perdiendo el sentimiento de lo sacro, se han ido multiplicando las fiestas seudosacras sin contenido sacro; a causa de la ley biológica que dice: A medida que disminuye lo vivo, aumenta lo automático. (...) No se puede hacer reír a la gente por decreto; tampoco se la puede hacer sentir. Un hombre puede llevar al río un caballo; pero ni diez hombres pueden hacerlo beber si no quiere. Crear una verdadera fiesta es más difícil que eso. La más antigua fiesta cristiana es la Cena del Señor. Se reúne la comunidad cristiana a comer, a recibir el Sacramento y a comulgar entre sí, es decir, a poner en común sus ideas, sentimientos e intereses bajo el fundente de una misma fe. Se encontraban entre ellos para encontrarse a sí mismos a la luz de una creencia común y trascendente. Ése es el tipo de toda fiesta verdadera, que se basa en una necesidad y se cumple en la recepción de un don espiritual, el cual por el hecho de recibirse aún y unifica todas las voluntades».

Nuestra época pretende convertir la Navidad es una fiesta laica, esto es, despojarla de su contenido real. Pero una fiesta que no sea comunión entre quienes la celebran y recepción de un don espiritual no podrá ser nunca una verdadera fiesta. Y es que la fiesta que no nace de un fondo de comunión no es sino el aspaviento desesperado de quienes ya han dejado de beber en el manantial del que brota la única felicidad perdurable. Conviene recordar la célebre frase de Chesterton: «Quitad lo sobrenatural y no encontraréis lo natural, sino lo antinatural». Nuestra época ha expulsado a Dios de su seno; y lo que le pasa ahora es muy sencillo: no tiene a Dios. Y sin Dios el hombre no puede hacer cosas divinas; ni siquiera puede divertirse, pues sin Dios no hay comunión verdadera entre los hombres, y sin comunión verdadera no puede haber fiesta, sino depresión y angustia, aunque sean disfrazadas de guasa y atracón de polvorones. Que es lo que ocurre cuando se disminuye lo vivo y aumenta lo automático; esto es, cuando nos arrancan el alma y nos reducen a pura fisiología.

Feliz y sacra Navidad a todos.